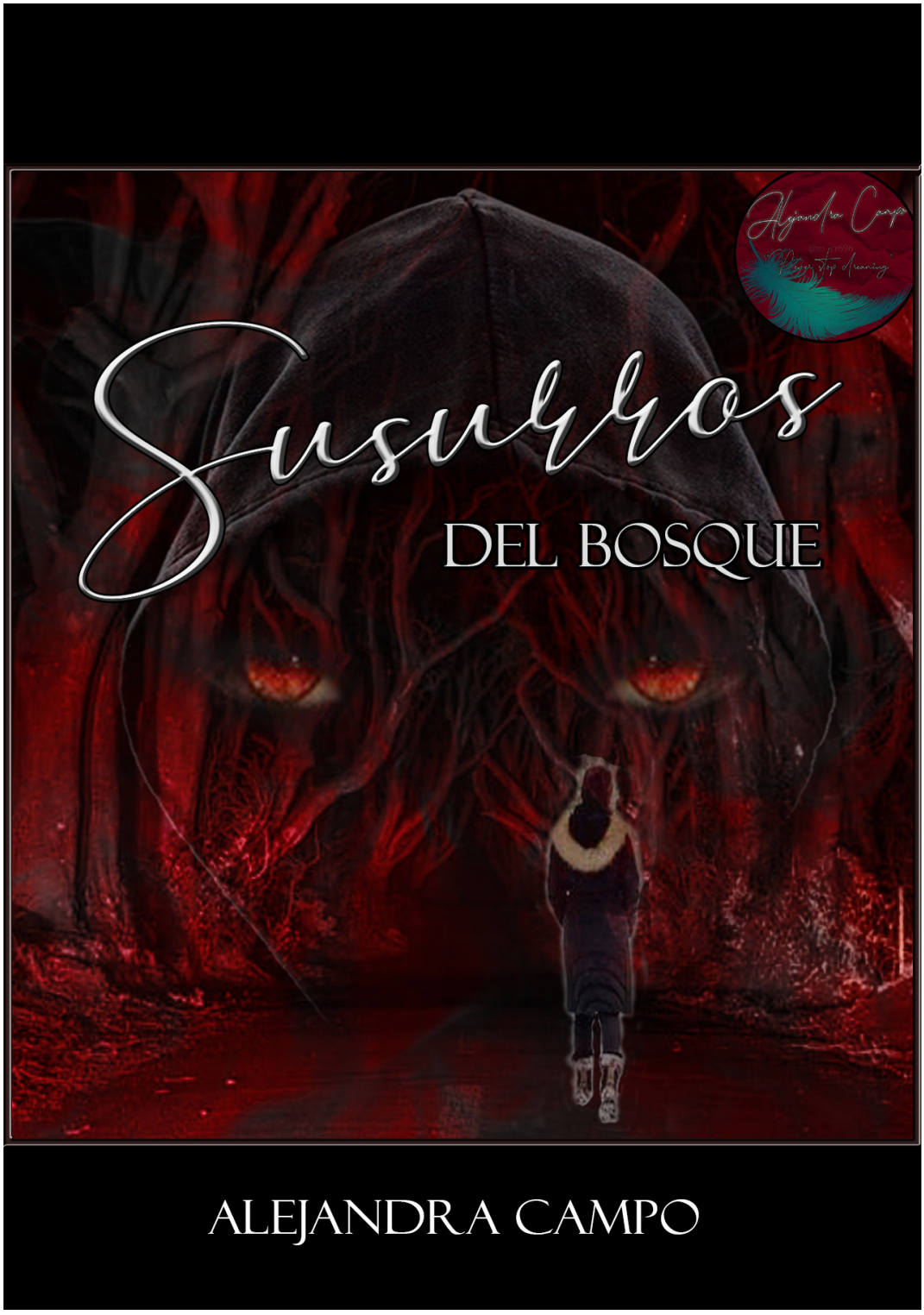
# SUSURROS DEL BOSQUE

Alejandra Campo



# Capítulo 1

EL RELOJ DE SU EXISTENCIA

PREFACIO

"Hay más cosas entre el cielo y la tierra Horacio, de las que sospecha tu filosofía"

William Shakespeare

ALEJANDRA CAMPO

2021

# Capítulo 2

**I**

**VOCES**

**1999**

*Tic toc.*

Esa noche en particular, el bosque se alzaba impávido con sus árboles frondosos cubiertos con nieve impoluta, encerrando muchos secretos dentro de su denso follaje en calma, pero la mente de Aurora, al contrario, volaba desesperadamente dentro de sus recuerdos, en busca de un momento tranquilizador específico al que siempre acudía estando abrumada, en tanto de forma osada atravesaba el camino que la conducía a casa envuelta en neblina espesa.

Ese día había olvidado el rápido correr del tiempo en invierno, terminando en una aterradora pero obligatoria caminata bajo la luz tenue de una luna llena, por senderos borrados de aquel misterioso lugar protagonista de una macabra leyenda: algo siniestro de naturaleza desconocida acechaba luego del crepúsculo…

Y aunque poseía muchas caras, lo único sobre lo que se mantenía una certeza era que los expedientes policiales de "Casos abiertos" se mantenían con un claro patrón visible exclusivo del bosque: el número nueve, puesto que a pesar de las advertencias, la veracidad de aquel oscuro cuento fantástico había sido retada por temerarios incrédulos que se aventuraban y no tenían oportunidad de ver la luz del sol una vez más.

Nueve era el número de fallecimientos al año.

Nueve días luego aparecían cadáveres.

Ni uno más, ni uno menos. Sólo debían entrar al bosque de noche…

Pero Aurora lo creía un rumor y ella no creía en rumores, aunque a pesar de nunca haberlo atravesado después de luces vespertinas, pensó que podría hacerlo sin dificultades manteniendo el rumbo recto, y con el pensamiento "No me pasará a mí" anclado en su cabeza, había iniciado el

recorrido

Desconocía que eso último creyeron todos…

——————————00——————————

Tan solo minutos después, luego de dar el primer paso dentro del bosque, una sensación arraigada en su pecho no la dejaba en paz; un mal presentimiento inquietante hacia acto de presencia, inundándola con aquel miedo que trataba con todas sus fuerzas de suprimir, mientras el ambiente gélido frente a la nevada que cayó sobre el pueblo, y consecuentemente su falta de calor corporal, jugaban en su contra. Además, atravesaba la masa lóbrega tan sólo teniendo entre su mano izquierda una pequeña linterna que, con su tenue halo de luz, iluminaba apenas escasos metros a su alrededor, hasta que por alguna razón empezó a titilar de forma repentina. Primero esporádicamente, pero entre más se adentraba en el bosque el parpadeo aumentó hasta apagarse por completo

*Tic toc*

««He reemplazado las baterías hoy mismo »» pensó revisándola extrañada, pero nada la encendió de nuevo, así que resignada la guardó calculando que iba a mitad de camino, metiendo sus heladas manos en los bolsillos de la gabardina, y con sombras cerniéndose sobre ella aceleró el paso ante crujidos a su alrededor que parecían cada vez más cerca, clavando su mirada en la nieve bajo sus pies en un vago intento por ignorarlos, pero luego de algunos minutos de caminata con un ligero temblor que dificultaba sus movimientos, la voz de su madre llamándola hizo eco resonando por todo el bosque, causando que, paralizada de miedo detuviera abruptamente sus pasos girando sobre sí misma para buscar el origen.

*Tic toc*

*Aurora…*

*Aurora ven aquí.*

*««Imposible»»* Su madre estaba muerta ¿Por qué escuchaba su voz? ¿era tal vez su imaginación ante el silbido del viento? Se preguntó sintiendo que la oscuridad del bosque era cada vez más estrecha a su alrededor,

como si la atrapase dentro de su propia nada

*Aurora he preparado té*

El mismo eco aumentado en volumen logró que sus dientes comenzaran un castañeo incontenible, pero no precisamente por el frío, era el miedo consumiéndola desde lo más profundo de su ser, causando que detuviera su camino a pesar de la urgencia por llegar a casa y sentarse frente a la chimenea, con el chocolate caliente preparado por su padre sobre todo en época de invierno, y tenerlo en mente la animó a seguir.

*««Ya estará preocupado»»* pensó, sintiendo culpa por haber ignorado su consejo de volver pronto a casa, anhelando haber atendido; sin embargo, pronto tuvo la sensación de que algo en su camino estaba mal…en algún punto comenzó a caminar en círculos, estaba segura. Una bufanda roja anudada por alguien apareció dos veces más, por mucho que ella siguiese recto como si cayese en un bucle sin fin.

—¿Por dónde está el camino principal? — murmuró en voz alta, pero algo la perturbó por segunda y no última vez en la noche: la sensación de extrañas criaturas vigilantes siguiendo sus movimientos amenazó con arrebatarle la poca calma que permanecía en ella; sin embargo, una parte lógica aun despejada en su mente apostaba por otra explicación "Simplemente es un poco de inquietud que la noche siempre trae consigo", porque se negaba a creer en cuentos fantasiosos, sacudiéndose de las ideas paranoides sobre seres inexistentes y decidiendo seguir su camino a como diera lugar.

Solo que su sexto sentido no se equivocaba.

*Tic toc*

Cuando menos lo esperaba un cuervo graznó alto y fuerte sobre su cabeza, seguido de toda una bandada emitiendo ese sonido que tanto repudio le causaba, desencadenando un escalofrío que trepaba por su columna, empeorando aquel temblor que parecía no desaparecer con nada y sacando un grito agudo de su garganta. Apenas los veía, por lo que intentó encender su linterna una vez más, encontrándose con que, además de funcionar de repente, aquellos animales se apostaron en las ramas más próximas y al menos un centenar de pares de pequeños ojos apuntaban en su dirección.

Un comportamiento atípico, pero nada parecía normal esa noche y no importaba en qué dirección apuntase, por todas partes había cuervos

mirándola.

Permanecían en las ramas como figuras de cera, a excepción de uno más grande y robusto que aterrizó a escasos dos metros de Aurora graznando hacia ella agresivamente y saltando en su dirección. Entonces, coincidencia o no, su linterna se apagó de nuevo cuando aquel extraño animal abrió el pico, obligándola a correr lo más lejos que pudo a pesar de hacerlo dificultosamente por la nieve.

Su instinto le decía que ese cuervo era de todo, menos inofensivo.

Pronto le faltó el aire y deteniéndose apoyó las palmas de sus manos sobre las rodillas para recuperarlo, sin poder sacar de su mente la imagen de esa ave, pero no tuvo tiempo de tranquilizarse lo suficiente cuando una gota de algo muy distinto a la nieve cayó sobre el blanco.

*Tic toc*

*««Sangre»»*

La imagen de su hermana gemela cubierta en sangre caliente y espesa veinte años atrás, como la que tenían sus dedos cuando se acuclillo a comprobar, invadió cada recoveco de su cabeza.

Aurora inclinó la cabeza clavando la mirada en el cielo, buscando la luna para centrarse en ella y hallar la manera de tranquilizarse; pero se encontró con hilos rojizos corriendo, bañándola como si fuese una lluvia torrencial y colándose entre sus ojos.

Así que, empapada en esa sustancia, mareada por el aroma metálico y completamente aterrorizaba, fuera de sí, trató de huir chocándose con toda clase de obstáculos en el camino, consumida por el instinto de sobrevivir.

Hasta que luego de algunos minutos convertidos en horas dentro de su cabeza, se detuvo finalmente permaneciendo de pie sollozando y apoyando la espalda en el árbol más cercano, para deslizarse hasta quedar sentada sobre un montículo de nieve cubierto en sangre

Su cabello chorreaba gotas carmesíes y sus manos estaban pegajosas, mientras se negaba a abrir los ojos, pero al escuchar los graznidos de cuervos cerca una vez más, gritó.

Gritó tan fuerte que su garganta ardió.

Gritó una y otra vez sacando su desesperación, su miedo y la impotencia dentro de su pecho, pero cuando abrió los ojos para comprobar si aquel repugnante animal estaba de nuevo frente a ella listo para atacar, la

sangre había desaparecido por completo, sus manos estaban limpias y su ropa sólo estaba cubierta por pequeños cristales de hielo. Acto seguido, asimilando lo sucedido, secó sus lágrimas y tratando de recuperar el aliento, intentó poner sus pensamientos en orden, pero nada tenía sentido.

No consumía alcohol ni drogas que alteraran su conciencia y percepción de la realidad, no sufría ninguna enfermedad cerebral degenerativa, nunca había tenido alucinaciones, así que su única opción terminaba siendo creer en los cuentos de la gente.

¿Habría algo acechándola? ¿colándose en su mente?

La respuesta parecía cada vez más lejana, pero un colapso nervioso más cercano que nunca antes.

—Tranquilízate primero — murmuró en voz alta — nada está sucediendo. No seas paranoica, estás cansada solamente, este bosque no es más que eso.

*««Tu mente controla todo, deja de temblar»»* diría su madre en su característico tono frío y sin sentimientos *««No seas cobarde, no te crie para eso»»*

Sintió cómo el sudor le recorría la espalda y su piel se erizaba al caminar de un lado al otro sopesando sus opciones. Estaba atrapada en el bosque sin forma de comunicarse con alguien, y la ventisca aumentaba convirtiéndose en una nueva nevada que la tele había anunciado.

Pernoctar allí mismo parecía ser una alternativa; sin embargo, el miedo aferrado a su pecho no le permitía tomar decisiones acertadas, mientras los primeros copos de nieve se acumulaban sobre su cabello rubio; pero todo pensamiento se vio interrumpido cuando un manchón negruzco se deslizó a unos cuantos metros de ella, siendo el último clavo en el ataúd de su cordura.

Piensa con cabeza fría decía su madre.

La mujer había sido ruda con su hija y cuando murió, Aurora sintió alivio al no vivir más bajo aquel yugo asfixiante casi insoportable, pero sus sentimientos oscilaron también hacia el dolor, porque, aun así, la amaba.

¿Por eso escuchaba su voz? ¿un ataque de culpa por sentirse aliviada ante la muerte de su madre mezclado con el miedo?

*Tic toc*

El sonido del reloj en su muñeca le zumbó en los oídos y le parecía escucharlo acorde con el descontrolado latido de su corazón.

Ella no lo sabía, pero aquel reloj de su existencia había marcado su hora cero.

Frío calaba hasta sus huesos, el pavor corría por sus venas y todo pensamiento coherente desaparecía de su mente dejándola con los ojos desorbitados, aún más cuando otro borrón en una dirección contraria llamó su atención

¿Había visto una capota negra?  ¿o era sólo una sombra retorcida proyectada por algunas ramas petrificadas que estaban sobre su cabeza?

*Tic toc*

Su reloj emitió el último sonido deteniéndose al marcar las nueve en punto de la noche.

Trató de recuperar el aliento cuando escuchó algo a su costado, obligándola a girar su cabeza y viendo con dificultad debido a diminutos cristales de hielo que caían, presagiando malas noticias. Sin luz y la incapacidad de ver correctamente, las cosas no pintaban bien para ella.

Se sentó de nuevo contra un árbol. Un ataque de tos la asaltó y mientras duró cerró los ojos, pero al abrirlos nuevamente, distinguió una figura recortada sobre la luna e inclinada sobre su cuerpo. De pronto escuchó palabras; pero en medio de aquel desastre que era su mente aterrada, fue incapaz de diferenciar si fueron dichas en voz alta, o se trataba de un susurro perverso en su cerebro, entonando una vez más la voz de su madre:

««Caíste en el juego, mi niña»»

Un grito lacrimoso se perdió entre las copas de los árboles.

Susurros de compasión atravesaron la maleza.

Y una víctima más no tuvo la oportunidad de contar qué rondaba ese lugar.